

# EFERVESCENCIA SOCIAL EN LATINOAMÉRICA

**P**rácticamente toda Latinoamérica vive en un clima de convulsión social. Basta mirar con un poco de detalle lo que ocurre o ha ocurrido en Chile, Colombia, Venezuela, Ecuador, Bolivia, Brasil, Nicaragua, Paraguay, etc. Incluso en los países donde aparentemente no hay problemas, se percibe una falsa calma, preludio de graves tormentas. Sudamérica a lo largo del inicio del siglo XXI y durante una gran parte de la década pasada vivió una situación excepcional con una gran mayoría de gobiernos de signo progresista. En ese período se pudo avanzar en la integración Latinoamericana con la creación de instancias como la UNASUR (Unión de Naciones Sudamericanas), el fortalecimiento del MERCOSUR (Mercado Común del Sur) el ALBA (Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América), la CELAC (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños). Todos estos esfuerzos ahora se encuentran en claro retroceso.

No se puede negar que los llamados gobiernos progresistas o del socialismo del siglo XXI cometieron muchos errores, que tuvieron efectivamente casos de corrupción y que cayeron en abusos de poder. Sin embargo, lo que vino fue mucho peor: el regreso de las más crueles medidas neoliberales que garantizan el dominio absoluto de las corporaciones internacionales y de las oligarquías criollas, sustentadas por los organismos multilaterales como el FMI y el Banco Mundial.

¿Hay signos de esperanza? Por supuesto, en Ecuador el éxito del movimiento indígena, aunque parcial, nos muestra que el pueblo no está dispuesto a aceptar cualquier cosa; también en Chile se ha logrado que el gobierno dé marcha atrás en sus medidas y se revise la propia constitución; en Bolivia habrá elecciones con participación del MAS (Movimiento al Socialismo) de Evo Morales, aunque hay serias dudas sobre si habrá unas elecciones limpias; finalmente, en Colombia se está cuestionando la impunidad de la que siempre han gozado los paramilitares y las fuerzas armadas.

La tarea en estos momentos consiste en consolidar las comunidades y organizaciones populares, su conciencia, su orientación al bien común, su compromiso con la conservación de la “casa común” de la que nos habla el Papa Francisco y sosteniendo la fe y la esperanza en el Dios de la Vida que nos anima a construir su reino de justicia, verdad, paz, gracia y amor.

**Xabier Villaverde.**  
Miembro del FEPP (Fondo ecuatoriano Populorum Progressio)

**ARTÍCULO COMPLETO EN [WWW.MISIOAK.ORG](http://WWW.MISIOAK.ORG)**

## ¡CHILE DESPERTÓ!



**U**na explosión de rabia acumulada por décadas estalló socialmente en Chile el 18 de octubre de 2019, al igual que otros estallidos que se llevan produciendo en este país austral cada 30 o 40 años y que generan transformaciones sustanciales en la vida de sus ciudadanos. A esta rabia se le suma la sensación de injusticia crónica, de frustración por la impunidad de los poderosos, del descrédito galopante de todas las instituciones, de la falta de empatía de los políticos ante los problemas reales de su pueblo. Y todo ello acontece inesperadamente cuando éramos el “oasis” de América Latina y la macroeconomía no resolvió la inequidad que se implantó en

la cultura chilena y generó excesiva desigualdad en la distribución de bienes y oportunidades.

La palabra que resume la demanda del movimiento social por el que atraviesa nuestro país es DIGNIDAD, que da nombre extraoficial a la plaza epicentro -Plaza Italia- de las manifestaciones populares desde que Google Maps lo estableció como “Plaza de la Dignidad”. Existe el concepto típico “de Plaza Italia para arriba” y “de Plaza Italia para abajo” que expresa el objetivo de generar diferencia de clases económicas entre Santiago Oriente y Santiago Poniente. El grito lacerante de los chilenos y las chilenas es sentirse realmente parte de la sociedad, recibir un trato respetuoso e igualitario, que les reconozcan de verdad como seres humanos con derechos.

Las humillaciones de los que sobreviven con pensiones miserables, las interminables listas de espera en salud, un sistema educacional en crisis permanente, gente que trabaja para pagar deudas y tener un espacio para renegociarlas, un sistema de transporte que prolonga e intensifica la miseria diaria del trabajo –dos horas diarias, tiempos de espera, ambiente asfixiante de micros y metro que generan estrés, depresión e irritabilidad laboral y familiar–, la violencia silenciosa contra las mujeres, la violencia contra los



Mural comunitario en la parroquia de San Saturnino

niños –tres de cada cuatro niños son maltratados en casa, vecindarios o colegios–, los 650.000 jóvenes, entre 18 y 29 años, que ni estudian ni trabajan, concentrados en familias con menos ingresos; las altas tasas de enfermedades mentales y suicidios cada vez mayores; la privatización del agua, los abusos y la corrupción –altas figuras del mundo civil, militar, policial, judicial, empresarial y también eclesial se vieron envueltos en situaciones que han hecho daño a muchos chilenos, coludiendo y abusando de otros–,...

La reacción gubernamental con la salida de los militares de los

cuarteles evocando la dictadura militar, junto a la represión brutal de Carabineros –policía chilena– y su internacionalmente reconocida violación de los derechos humanos; el vandalismo, el saqueo, los incendios y la destrucción injustificados que asolan en distintas regiones del país, etc. han generado decenas de muertes, miles de heridos, más de 350 oculares, y tantos otros daños que han afectado a cientos de miles de personas y que han reventado las redes con una infinita cantidad de información, tanto verdadera como falsa, que aumentan la ansiedad, el estrés, la rabia, la frustración, la incertidumbre, el miedo, la polarización social...

El actual modo de sociedad chilena deja vacío el corazón, fabrica violencia por su desigualdad y destruye la única casa común que tenemos. La conflictividad y radicalización que estamos viviendo en nuestro país desde el 18 de octubre ha logrado que los ciudadanos nos hayamos encontrado; ahora sabemos quién es la persona del frente y nos damos cuenta que tenemos las mismas necesidades hace mucho tiempo.



Celebración en la parroquia



Álvaro Chordi

La gente se ha unido y autoconvocado, organizado, disfrutado y está planteando no solo las demandas clásicas de educación y salud, sino otras que tienen que ver con la precarización de la vida de las familias, actuales y futuras.

Lo que ocurre en Chile y en otros países no se trata de un movimiento articulado y en torno a proyectos que intentan cambiar ciertas formas de las instituciones. Simplemente la gente no puede más y explota.

Y explota, en nuestro caso, con violencia extrema. Parece que algunas violencias institucionalizadas –policial o militar– son más legitimadas que otras –condiciones precarias de vida, propias del sistema neoliberal en el que se vive desde hace más de 40 años, suicidios de personas de la tercera edad, comunidades que mueren lentamente bajo la contaminación de sus entornos en zonas de sacrificio, violencia cotidiana contra migrantes, narcotráfico...–.

Una última palabra sobre el papel de la Iglesia católica en el estallido social. La gente dice que en 1973 estaba la Iglesia y que ahora no hay nadie. Si bien es verdad que se ha perdido harta credibilidad moral en esta última década, tampoco los medios de comunicación social ayudan a dar a conocer la acción eclesial. En todo caso, con los escándalos de los abusos sexuales hemos sido reprobados en humanidad y señalados públicamente como una institución que abusa. Somos parte del problema y necesitamos una seria y profunda autocrítica para pasar a ser parte de la solución, que desgraciadamente no se vislumbra.

Los adolescentes y jóvenes están siendo los protagonistas activos e impulsores del actual estallido social chileno. Todo surgió por una evasión del metro por parte de estudiantes secundarios, que posteriormente se difundió con este lucido eslogan: “no son 30 pesos, son 30 años (de indiferencia)”.

Estos meses hemos sido testigos privilegiados de que Chile despertó. Hay un antes y un después del 18 de octubre. Muchos creen que Chile se transformó. En todo caso, el país sigue movilizado y sus actores políticos y sociales debaten y dan pasos para construir una salida política e institucional hacia una nueva, más legítima y más justa normalidad democrática. Confiamos que se encauce democráticamente el conflicto social y se logren los cambios esperados que superen las causas que originaron este estallido social.

Álvaro Chordi Miranda (Adsis)  
Párroco San Saturnino (Santiago de Chile)

## EL ALTO, BOLIVIA

# LA IGLESIA, HOSPITAL DE CAMPAÑA

La comunidad Adsis vive en Senkata, distrito 8 de la ciudad de El Alto, Bolivia, hace 16 años. Yo soy párroco de Santa Clara de Asís desde hace 11 años. En una esquina del amplio territorio parroquial está la planta de gas YPF donde el 19 de noviembre murieron 10 personas en enfrentamiento con el ejército, clímax de tensión y dolor compartidos con nuestros vecinos.

Desde el 20 de octubre, y sobre todo desde la renuncia de Evo Morales el 10 de noviembre, éstos habían sido nuestros principales sentimientos: miedo por el clima de pánico colectivo con saqueos de casas e instituciones; impotencia ante el vandalismo e irracionalidad; desprotección frente a brotes racistas; admiración por la valentía de gente en defensa de la democracia, etc. Tiempo de mayor necesidad informativa, hospitalidad hacia vecinos sin casa ni comida, presencia discreta y, a veces, pública. Tiempo de reflexión, oración y discernimiento.

Una huella especial deja en mí la presencia en la parroquia vecina, San Francisco de Asís, convertida el día 20 de noviembre en depósito de cadáveres de seis personas fallecidas el día anterior; médicos forenses realizaron las autopsias, acompañados por la defensora del pueblo, y alrededor miles de personas reclamaban justicia. Después de varias horas de esperas y diálogos, tres sacerdotes realizamos una celebración a cielo abierto, en medio de la calle y sobre el puente, donde unas cinco mil personas despedían a sus familiares y vecinos. “Detengan la opresión y la violencia, practiquen el derecho y la justicia; pongan fin a sus abusos con mi pueblo”. Fue un momento de enorme emoción, solidaridad e identificación con el pueblo, prolongado en diálogos posteriores con familiares de los fallecidos.

“La Iglesia, hospital de campaña”. Estas palabras del Papa Francisco las viví allí encarnadas, sin metáforas, con toda su crudeza y misericordia. Que Dios nos inspire para recorrer caminos de paz y justicia.

Alfonso López Villamor,  
presbítero bilbaíno de la comunidad de ADSIS.